

Ciclo C: XII Domingo del Tiempo Ordinario

Mario Yépez, C.M.

La paradoja de creer en el Cristo de Dios

La primera lectura nos manifiesta una profecía de lamentación y de esperanza, presentada en clave escatológica ("en aquel día") y que ha sido releída como anuncio mesiánico. Zacarías no sólo habla en el contexto de la reconstrucción del Templo de Jerusalén después del exilio sino que anima a mantener la esperanza en la restauración de la propia nación, resaltando por ello la casa de David y el repoblamiento de Jerusalén. Nuevamente, resuena la paradoja de quien tiene que soportar un dolor inmenso y que es enviado por Dios para esto. El "traspasado" que tiene que ser contemplado es el medio para comprender el valor de la restauración salvífica. Tras un tiempo de duelo incomprensible, retratado quizá en un rito fúnebre realizado en el valle de Meguido, se avizora un tiempo de gracia y favor, como manantial que purifica el pecado y la inmundicia de un pueblo que no supo entender tal paradoja salvífica. Sin duda, un texto con tinte escatológico pero releído por el judaísmo como profecía mesiánica y más aún por los cristianos quienes vieron en Jesús al "traspasado", que no pudo ser reconocido en su momento como el Hijo Único de Dios, cuya muerte cruenta abrió el manantial de la salvación.

Pablo en este fragmento de la carta a los Gálatas, se encuentra presentando sus argumentos defendiendo la gracia salvífica de Dios en Cristo en contraposición de la Ley, aunque aclarando su valoración respectiva. Para poder llevarlo a cabo, se sustenta en la propia Escritura. De allí la insistencia en religar la promesa de salvación hasta Abraham a partir de la bendición en él para todos los pueblos. Por tanto, la heredad se convierte en la llave de comprensión para el plan salvífico de Dios en Cristo. Una nueva etapa de la historia se ha abierto con Cristo. La ley sirvió para Israel como camino de discernimiento acerca de la voluntad de Dios, pero la plenitud de la obra de Cristo, reivindica una condición ya prometida a los herederos de Abraham, que no pueden limitarse a las fronteras de raza, condición ni sexo. Somos uno en Cristo y desde esta nueva visión debemos configurar la convivencia humana.

Lucas ha recogido este pasaje probablemente de la tradición marcana aunque lo ha configurado propiamente a su interés evangélico. La identidad de Jesús es un tema transversal a los cuatro evangelios y es importante que el discípulo, más aún el cristiano, tenga la certeza de que Jesús es el Hijo de Dios. Para Lucas todo momentos significativo en la vida de Jesús y de sus discípulos debe ser precedido por la oración y así inicia este episodio. Lucas ha presentado la actividad pública de Jesús en Galilea en esta primera parte, previo a la sección llamada del "camino a Jerusalén" y ha visto conveniente insertar este diálogo antes de la resolución definitiva de ir a la ciudad santa, lugar de la revelación plena de su misión. Las expectativas de la gente encierran la esperanza de un mesianismo de tinte profético (Juan Bautista, Elías, profeta de los antiguos). La pregunta vuelta hacia lo que

piensan sus propios discípulos suscita la respuesta de Pedro: "Tú eres el Cristo de Dios". Es evidente que tal respuesta es acertada, pero aún no se ha señalado el destino de este "Cristo". Para Lucas esto es importante y por ello Jesús anuncia su destino antecediendo la fórmula lucana: "es necesario". El designio salvífico de Dios se hace incomprensible para los discípulos y también para todos los que deseen seguir al Cristo de Dios. La invitación a seguirlo no solo es para sus discípulos más cercanos sino para todos. No basta con negarse a sí mismo sino que debe

cargarse la cruz "cada día". Para Lucas el énfasis está en el testimonio cotidiano del cristiano y de asumir la paradoja de su fe hasta en los momentos donde las cosas parecen darse en el misterio de lo incomprensible: perdiendo la vida es posible alcanzar la salvación, ganando la vida trae como consecuencia la perdición.

La incomprensión de un proceso salvífico a través del sufrimiento y el dolor sigue siendo la piedra de toque de toda reflexión religiosa. Las cosas se nos perfilan desde realidades tan sonadas y deseadas como la felicidad plena y el placer imperecedero, pero desde nuestra frágil realidad humana, nos resulta difícil escapar a meditar y valorar los sufrimientos y dolores de esta vida. Necesitamos también creer que en medio de las realidades adversas y dolorosas también hay signos de manifestación salvífica de Dios. Quizá muchas veces en la propia experiencia es difícil confesar tal verdad, pero aún con el velo que representa el dolor inmenso de perder al "primogénito" (quizá uno de los momentos más duros para quien vive en un entorno donde la descendencia es la continuidad de la vida de uno mismo) se nos invita a confiar que todo debe tener un sentido profundo y que puede convertirse en manantial de vida y de pureza. Esto sólo puede ser entendido cuando nos dejamos llenar por el espíritu de gracia que se irradia sobre el corazón del hombre y quien vive esta experiencia unido a un pueblo necesitado siempre de salvación, pero de una salvación mucho más trascendente que las propias expectativas terrenales.

El cristiano tiene que ser capaz de ver más allá de las diferencias entre los seres humanos. Como vemos es una tarea ardua y muchas veces difícil de lograr. La gracia de Cristo Jesús nos invita a contemplar de otro modo la realidad con lo que la propia opción cristiana pasa a ser la paradoja tantas veces incomprensible por los hombres de todos los tiempos. En un mundo donde parece necesario que unos tengan más que otros, donde resulta "justificable" que unos vivan más que otros, donde es preciso mantener las desigualdades para que las cosas funcionen, es preciso que surjan testimonios de humildad y de fraternidad universal que nos conmuevan y comprometan a mantener la esperanza de hombres y mujeres, tantas veces vapuleada por promesas incumplidas. No hay perspectiva de futuro sin testimonio de presente. Nuestra salvación como herederos del reino no sólo se perfila como una esperanza hacia el más allá, se hace viva y latente en el presente de un corazón creyente que vive su salvación en el hoy de la historia y en la que no se encuentra solo sino acompañado.

La pregunta trascendental acerca de la identidad de Jesús repercute en la pregunta acerca de nuestro seguimiento. Una respuesta tan sencilla y contundente como la de Pedro ha abierto un panorama muchas veces desconcertante para el que desea seguir a Jesús. Hoy nos pasa lo mismo y por ello es preciso pedir a Dios la fortaleza de la fe. A pesar de todo lo que nos pueda pasar, pidamos a Dios que nos conceda la gracia de seguir buscándolo, de confiar en él. ¡Cuántas vidas se van secando pero siguen buscando el agua viva! Como el salmista, no dejemos de buscar el manantial que puede saciarnos la sed de tantas incomprensiones en la vida. Tal vez muchos en estos momentos les cueste alabar y bendecir a Dios por las situaciones que viven, pero oremos como Iglesia para que llegado el momento puedan contemplar al que "traspasaron", puedan ser revestidos del Espíritu de Cristo, puedan cargar la cruz cada día, y con nosotros, podamos un día asumir y comprender la presencia de un manantial que puede saciar nuestra apremiante sed.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)